

Mención

SILENCIOS EN LA ISLA

PSEUDÓNIMO:

anísamargo

*El único momento en que un hombre deja de ser una isla
es en el abrazo, en el coito y en el vientre materno,
fuera de ello es la ruina del viento, un planeta cuya única naturaleza es la muerte,
una casa habitada por la oscuridad que pare constantes
gritos de espanto.*

ISLA DEL FINAL

¿Quién puede predecir el rumbo? ¿Dónde acaba la noche?

¿En qué puerto caerá el día, con una madreperla, un ramillete, una puñalada?

Iván Carvajal. Inventando a Lennon

De los ojos de un hombre yo vi partir un barco.

Xavier Abril

Si no estoy aquí

es porque me fui

-a la mierda- lleno de dolor

Héctor Napolitano

PARTIRÁN LOS BARCOS

¿Escuchas el mar?

Te digo mientras la tarde se hunde en las rocas
mientras te detienes en la ventana a ver cómo se marchan los barcos
lo nuestro es un barco que no canta me dices
y dejas caer ceniza de mi mirada

¿escuchas la música del pasado?

te escribo cuando miras la cama y sus piedras destrozadas,
evito palabras que enreden tu rostro en la maleza
no digo nada mientras te ocultas en la tormenta
no digo nada cuando huyes de mis ojos

¿Escuchas el grito de los hombres que mueren?

te digo mientras te agitas en mis pesadillas

esta casa deja de ser el paraíso cuando te vuelves real dices
y me toco las manos por saber que nada de mí hayas resquebrajado
te arrimas a la distancia
al tiempo que se cuelga en paisajes turbios
entre tú y yo hay un barco encallado amenazas
y derrotas mi cuerpo con tu huida
Uno a uno los barcos se van
los empujas con la mirada
mojas con tu herida el tiempo que nos contiene

la densidad de vivir solos
quién va entonces tras de ti
quién se esconde en tus pupilas
en el pañuelo que agitas en el puerto

Recorres la habitación de este a oeste
miras los retratos en ruinas
las paredes que chorrean tempestades
dónde está la voluntad que da vueltas al timón
pienso desde mi miedo
dónde las palabras que rehacen la primavera

escondo lo que hemos sido
los caminos que pisoteó el aguacero

la noche galopa en la cama que ya no espera
no tengo nombres para pronunciar antes de dormir
en la habitación alguien hostiga al insomnio del asesino
en nuestros cuerpos la tierra se hunde
como anunciando el otoño

Estas canciones ya las hemos vivido
no hay por qué escuchar los lamentos del ave ciega

te dejo un color que no te recordará nada
un reloj trizado por la lluvia
el muelle que nos contuvo tantos inviernos
te abro la puerta de todos los rincones muertos
te heredo esta parte de mí
esta llama que arde a destiempo

en tu velador un retrato te mira desde el pasado
entre tus papeles guardas una mano sedienta de partidas

El tiempo no transcurrirá para los que pierden
el silencio del mar espera por su naufragio

Una mujer se acerca a la ventana
dónde descansa el mar
pregunta desde un recuerdo
la veo sombra y despedida
saluda a los barcos que pasan
a las naves que cambian de destino
por no saber de ella y sus pechos taciturnos

Quiero una casa que nunca se canse de viajar dice
y toca las cortinas como protegiéndose del viento
las velas en el mar se agitan al ritmo de pájaros gigantes
la mujer tararea una canción que casi ha olvidado

prendidos de música que recuerda al verano
sus ojos saltan entre la neblina de la infancia
ya no mira el mar
su memoria se pasea por corredores de tierra
sus manos abrazan niños pequeños
nada se parece a ese agosto cuando se fue mi padre
dice para nadie ni para sí misma
huyen de sus palabras mañanas púrpuras
no hay mejor mar que el que tenemos en nuestros ojos dice y sonrío
se acerca a la cocina y llena una copa
yo intento no mirar la ventana
cierro los ojos hasta que ella se acerca como en una alfombra pantanosa

Seremos un barco muerto dice

mientras se arroja a mi cuerpo

como en una danza abyecta

como las gaviotas que caen en picada al mar

Es tarde en tus ojos y te pareces a alguien que he olvidado me dice

mientras con sus labios recorre mi pellejo disidente

me cuelgo del estremecimiento de su mirada

para mantener en pie mi cuerpo y su desatinada melodía

Dónde termina este viaje

pregunto al desconocido que está a mi lado

cuál es la estación final después de tantas despedidas

Sin mirarme dibuja trenes descarrilados en la ventana

mi cuerpo se reclina mirando al frente

a la nada que queda después de la última palabra

Cuándo empezó todo esto pienso

ante la música desesperante de la noche

El reloj desbaratado marca horas remotas

esta hora es el momento de morir quisiera decirte

pero avanzo sin ningún apuro a la madrugada

llegaré a la misma habitación de donde huí

en nombre de la esperanza

En vano la urgencia de los barcos

ningún viaje me alejará de tus orillas

Cada noche recorro el mismo mar

los mismos espejismos se toman mi memoria

Nadie siente temor por más que el barco tambalee

estamos acostumbrados al miedo de los vencidos

en sí el mar es una apuesta

los viajeros la juegan para vencer su última voluntad de partir

ahora que todos nos vemos las caras

sabemos que nadie deseaba tanta libertad

por eso intentamos cadenas con el amor o la tragedia

Estamos atados al mismo instante

con los ojos en el mismo abismo

Tú miras a un lado

y mis párpados se cierran ante esa huida

En verano me pondré un vestido violeta para asistir a las fiestas

me dices descubriendo tus heridas

te miras en el espejo

y como si fuera un disfraz lo que tienes en la piel

intentas sacarlo suavemente

No habrá quién recuerde esta noche dices

apurando la hora del amanecer

intentando descifrar un rostro que aguarda sin conocerte

Querida

en el cuarto de hotel donde espero

la noche navega en un remolino de desesperación

Los barcos pasan sin decirme nada de ti

mientras espero por tu viaje dialogo con una mujer sin párpados

debes apresurarte a buscar la primera boca me dice

la mujer que esperas vendrá con el último invierno

El silencio de la madrugada dice que es hora de morir

Ahuyento al pasado

cierro los libros que gritan con tu voz

recojo trozos de palabras no dichas para formar un nombre que te niegue

que me haga saber que nunca fuimos posibles

Es el mar me dices

desde el cristal de una botella rota

es su música inmensa lo que provoca soledad en ti

yo nunca estuve en tus días

en tu infancia desolada

nunca estuve en esa mañana cuando derrochaste tantas despedidas

Cómo sopla el viento en el puerto
digo en voz alta pero nadie escucha
los viajeros duermen su siesta eterna
sueñan con pájaros seniles
que les ayuden a olvidar la casa a la que deberían volver
Yo tampoco voy a volver te digo a la distancia
aunque las puertas estén abiertas
y las olas insistan en mi barca

Tus pasos contienen caminos que nunca has recorrido dices
y apagas la voz para no dejar en la tarde ecos oscuros
de ti aún guardo un cuchillo te digo
y te envuelvo con una luz que no nace de mí
el barco es una cama varada en una noche de insomnio dices
y te arropas con mantas frías como para despistar al deseo

En este hotel carrusel y cementerio
se arrastra mi alma por tu cardumen
se aproxima a tus pliegues pretendiendo cerrar los agujeros
para que no te pierdas en este vacío

un barco te llama a lo lejos
se lleva tu vestido y tu tempestad
mis manos chocan entre sí y no atrapan nada
mis olas empujan el aire solamente
tu sonrisa se adormece en el fondo de un mar espeso
de una penumbra que solo a uno dibuja
cuál es el fin de todo esto me pregunto
mientras suelto la ira de mis brazos
y busco dónde descansar este ataque de aves de rapaña
que sucedió en mi cuerpo

no hay más campanas que esperen por nosotros
no hay más catedrales donde repartir nuestra miseria
Siembro nieve en cada rincón de este cuarto
amenazo a la lluvia que no trae nada en su entraña
mis armas homicidas te olfatean en todas las naves que pasan
pesa este paisaje palpitante como la sangre
en este hotel donde siempre se piensa en la muerte
las tardes grises repiten tu mirada

No sirve el salvoconducto al placer
roto cualquier intento de pasaporte hacia la aurora
no amanecerá más en esta estación de paredes borrosas
Solo mi cuerpo accidentado que se choca contra su aislamiento
solo mi cuerpo que abre más las heridas
mientras te rastrea en esta habitación
mientras intenta quitarse la venda de tu nombre
solo el alma y sus saltos contra la nada
el alma y la urgencia de abrir los picaportes del final

Qué fantasmas nos han traído de regreso al insomnio
con el cuerpo destrozado
qué ola tan fuerte remienda otra vez nuestras bocas
qué despedida nos dejó con el amor hecho un colgajo en la piel
Qué noche nos ha reunido en este mismo corredor oscuro
con la sola intención de vernos incompletos
con las manos cortadas
escuchando las campanadas de un pueblo olvidado
Qué canción nos retiene en su abismo
mirando por las hendidias todos los barcos que partieron

En nuestro cuerpo han venido los pájaros a descansar su hora última

hemos de ir lejos del mar a recoger nuestros pasos náufragos

No hay salida de esta isla

no hay salida de esta isla

repito con insistencia para que los barcos se alejen de una vez

No sabremos dónde ir luego de esta tarde

Descargo mis maletas resignado a ya no partir

a saber que de este mediodía nada me sacará

enredado por tu sombra

el cuerpo anuncia la partida del último barco

LA NOCHE EN LA ISLA¹

¹ El poema Origen del silencio está inspirado en el destierro de Camilo Casanova, víctima de José Cobos -conocido como el Emperador de Galápagos-, fue sentenciado a vivir solo en la isla de Santa Cruz, en la cual permaneció, en ese estado, durante cuatro años.

En la isla Isabela existió una prisión a la cual fueron confinados varios prisioneros de la cárcel de Guayaquil; ellos eran obligados a construir un muro de piedra, llamado "El muro de las lágrimas", cuyas ruinas aún perviven. A ello se refiere el poema Las piedras que no caen

Mi corazón: esa máquina que fabrica la sangre que alguna

puñalada ha de verter

Camilo José Cela. La Familia de pascual Duarte

Origen del silencio

Me cubre la huida de la gaviota

la gaviota encuentra otra isla

planea sobre el ojo del pez lejano

me deja encadenado al silencio que brota de la tierra

soy el escombros entre el mar el firmamento.

Duermo en pleno mediodía

cuando despierto ha pasado una hora, un año.

El reloj no se mueve

el reloj que dibujé en la tierra

tiene mi edad, gotas del vacío

la espada de mis palabras

miro el reloj y pienso

allá transcurre la vida

mar y sombra me cobijan

cielo y estrella duermen en mi lecho

la lágrima de los cuatro primeros años me protege,

apaga el latido que quiere incendiar el corazón

Sombra vertical y sola, que no encuentra una mano, una huella que la acompañe en esta eternidad
salobre y amarillenta, turquesa -por el mar

He inventado el nuevo lenguaje del agua, lo escribo en los ojos de la tortuga

quiero salir de aquí, de este lugar que no tiene puertas, de este lugar que tiene rejas de sol y agua,
de este monumento ígneo, que baja por toda la isla, y que me recoge en sus brazos como su única
criatura que soy, como su único ser vertical e insomne, más indefensa que la culebra verde que se
arrastra sin veneno

alguien vendrá por mí, en el sueño menos esperado

en la canción número 2120 que entone

alguien vendrá por mí en el vuelo del pelícano que me sobrevivirá

alguien vendrá a poner su huella sobre mi huella,

vendrá a borrar los dibujos desesperados que he hecho en el trino de la garza

Hace tantos años empezó esta noche, este sol cansino que agita a las aves que se mueven como banderas de auxilio

Esta noche empezó en la boca de Cobos, empezó con su orden aquel día en Cristóbal, en la otra isla, detrás de la tiniebla que ha regado el tiempo, detrás de las pesadillas que acuden a mí en pleno sol, en la música estridente del mediodía

Soy mi propio árbol, me cobijo en mi propia sombra, soy una roca más, el ave olvidada, la espina de los cactus, soy la isla dentro de la isla

cartas infinitas escribo con los ojos

arrojo a la nada cada palabra húmeda que brota de las pupilas, mientras cuento las olas que revientan en la piedra oscura

mientras cuento las gaviotas que forman la misma V en el cielo, todos los días, todos los siglos, porque ellas no tienen necesidad de mirar el fin,

solo van, conversan a veces con piqueros o fragatas, conversan a veces en un idioma que es más antiguo que el mío, más complejo que el que poco a poco abandona mi cabeza

Un lobo marino me presta su piel para hacerme una cobija, una iguana me presta su mirada para perder la noción del tiempo, para colgarla del horizonte día a día, una tortuga me presta su lentitud para que no me canse de andar por este laberinto seco, cada vez más mío. Tengo un traje distinto al que tenía cuando nací, tengo otra voz (sorda y grave), tengo otros pies y otra espalda. Me alimento de pescado y de algún mamífero que han olvidado los piratas, de algún ave que ocasionalmente cae en la red que tejí en las riveras.

He improvisado una canción, pero no puedo sacarla ahora, definitivamente he olvidado el sonido de las palabras, solo tarareo: la la la ra ra la la la ra ra ra

Porque utilizo mi boca solo para respirar, los nombres quedan dentro de ella, las oraciones están sepultadas, un nombre de mujer rueda cuesta abajo, piel abajo, cae sobre el silencio del cangrejo

Esta mañana que despierto más liviano
podré borrar los días de los ojos
podré olvidarme del olor a humanidad que todavía tengo como un colgajo en mi cuero
doy vueltas en la mitad del bullicio del sol
mis huellas, otra vez solas , arrojadas al barranco de la aurora
ellas solas, buscándose a sí mismas, encontrándose con su mal humor
con su lágrima
solo yo aquí en la isla
solo repetitivamente en Chávez, en Indefatigable, en Santa Cruz,
porque cada día el silencio tiene un nombre nuevo
camino sobre su piel de volcán escuchando mi eco: chaj chaj, _hombre solo,
viajero embadurnado por el aceite de la pesadumbre
crash crash suenan mis pisadas en el filo de la isla
con el cuchillo que me dio Cobos he rasgado las noches
en el perol he cocinado los días que no he podido olvidar
el hacha y el machete son la prolongación de mis manos, he abierto zanjas en el suelo rocoso,
he cuarteado el día
he chocado sus filos para conseguir el brillo que apague el sol
para que me ciegue, para que me queme las manos

para incendiar este paraíso desolado

para incendiar el silencio de las sirenas que olvidaron llamarme

he recogido la herencia de Carrión, de Hurtado, de Quiñonez, que lograron amaestrar esta tierra
árida

pero cuándo termina el tiempo

pero cuándo viene por mí el primer hombre

cuando amaneceré con una costilla menos y con una mujer a mi lado

dios olvidó cantar en este paraíso

dios me encargó a mí que coloque mi voz humana, pero la palabra es un agujero negro

cómo transgredir el canto de los pájaros

cómo transgredir el ensueño del mar

dios olvida esta isla cada mañana cuando abro los ojos

demonio en forma de serpiente ahora quisiera tu tentación y tu palabra

como un poema maldito

como una canción que acuchille el vestido de la virgen

como un secreto que lo sabré mantener alejado de mí mismo

porque ya he olvidado el habla

y el desesperado grito que guarda cada letra

las pocas que me quedan son para suplicar a los barcos que pasan que me saquen de esta ruina
volcánica

de este mutismo perpetuo al que me condenó Cobos

yo, Camilo Casanova, hijo del mar y la miseria

necesito ser rescatado

necesito embarcar en cualquier nave

yo, Camilo Casanova, sin más alma que la mía

grito todas las noches a quien pueda oír

grito todas las noches hasta ensordecer a la estrella delirante

Quiero prender fuego al calendario que cuenta mis días de cautiverio

Al calendario que hice en los arbustos y que lo riego con el tic tac de la luna rota

cuándo la esperanza dejará de ser un estorbo en mis ojos

para resignarme a no despertar

para no sentarme a vigilar los barcos que me huyen

Las piedras que no caen

Yo sé de cuántos átomos está hecho el infierno

yo he visto su color y su geometría,

las voces que lo habitan, la lágrima oscura como sus muros

está más allá del ala rosada del flamenco

más abajo de su búsqueda de alimento húmedo

el infierno es esta habitación sin puertas,

es este muro que mi desesperación lo construye todos los días

el infierno es las cartas que no llegan

el mismo sol que envía veneno y fuego sobre mi torso desnudo

yo lo levanto al infierno todos los días

lo dibujo en la entraña de la isla, en su parte maldita

tierra maldecida por dios y el diablo

no sé cuántos siglos demoré atravesando el océano

a qué hora abandoné el mapa de Guayaquil

Los átomos del infierno son oscuros

los átomos del infierno son de piedra volcánica, el aliento del diablo los arroja por el cráter de la isla

su voz de espanto los solidifica para que construyamos sus paredes

nosotros, arrastrados al color que más duele

exiliados de la ternura y el abrigo

exiliados de los risa de la madre

con la música apagada

con el solo del violín de la muerte

todos los días el mar estalla en nuestros ojos

todos los días la iguana escupe su sal en nuestras bocas

piedra sobre piedra

latido que cae al piso y nadie lo recoge

palabra que no se puede decir porque estamos acostumbrados al abismo del silencio

estamos acostumbrados a morir por pedazos

a contemplar la noche y no atrapar sus estrellas

En sueños cabalgo sobre el color del flamigo

en sueños converso con las tortugas

en sueños escapo de la isla a los ojos del niño que me miró partir del puerto

en sueños soy un niño que arma un caballo con pedazos de madera

en sueños me prometo no despertar, porque sé que es un sueño

porque sé que nada me sacará del infierno

porque todos los días escucho la palabra del diablo mientras cargo las piedras

porque sé que dios se burla de mí desde su trono ácido

no despertaré me prometo mientras dibujo el retrato de mis padres en el cuaderno escolar

no despertaré y soborno a la noche para que nunca termine

le ofrezco las piedras que he cargado para levantar el muro

le ofrezco mis dedos que nunca han podido con la guitarra

le ofrezco mis oídos que no han olvidado la melodía más dulce

antes de despertar

me saco los ojos por no ver cómo llega el día y el color del destierro

Isla Blue Road

Noviembre, la isla y sus ojos

El volcán caía a sus ojos. Azules o lejanos. De otra isla, fría. Veía el eterno viaje al sosiego. Ella era noviembre. Sus manos eran lobos marinos que se posaban en la tarde. Sus ojos, nacidos en noviembre. Subí a sus pestañas para otear el paisaje que ella regaba. El volcán está lejos del mundo, mirábamos una iguana dormida en el horizonte, éste no habría sido el paraíso de no haber sido porque noviembre te trajo acá, le decía mientras exploraba despedidas de barcos bajo su falda. Debajo de este mar hay una leyenda a la que le faltan dos nombres. Pero no serán los nuestros los que coloquemos, me decía mirando un camino sin regreso

En su mirada reflejaba el mar turquesa de Santa Cruz, la calle adoquinada nos miraba indiferente. Una calle que era pista de aterrizaje para pelícanos hambrientos.

El violín de sus muslos jugaba en el agua

Lanzaba al mar futuros prometedores: el viaje a una ciudad lejana, el camino al mar que nunca hemos mirado, los idiomas que bailaban por ahí, en todas partes del mundo, queriendo adentrarse en nuestro idioma – el del mar y la isla

Su falda y sus ojos estaban ahí. Esperando

Yo era Espartaco y un personaje de Durrell, el mejor: Mountolive. Nos caía la noche con una lámpara de luciérnagas recién nacidas. Me tomaba de la mano cuando crecía la ola. Me tomaba de la mano porque para mí la isla era un barco tambaleante, todo lleno de peligro y sobriedad. Nos embriagábamos para no aburrirnos, estábamos desterrados.

Su falda purpura levantaba las olas. Su falda púrpura, como noviembre, levantaba el paraíso en cada crepúsculo. Nos cobijó el túnel de lava lejos del puerto. Hay mucho silencio en el mundo yo le decía, extrañando la detestable estridencia de la ciudad.

En Isabela nos esperaban los pingüinos color azul, color arena, color juguete. Ellos conversaban con nosotros mientras mirábamos por debajo del agua, y poníamos nombres a las tortugas imperecederas.

El cielo y el mar nacen en Isabela para inaugurar el mundo. El cementerio que nada tiene que ver con la muerte estaba allí, frente al mar, retándole con la eternidad de su calma. Cementerio y mar, juntos y eternos. Nos cuidábamos de pisar las hojas amarillas, eran estrellas que esperaban su final. Cada flamingo era una rosa que respira. Cada ave era una canción que buscaba en el fango la voz perfecta.

La calle tirada, ahí, pintada por la mano de voces impalpables. Arenosa la calle que conducía a un firmamento de quietud. La voz del volcán, cálida, esperaba por sus ojos. La isla, que no se movía. La isla que descansaba sobre su alma de fuego.

La isla que esperaba con licor a los visitantes que no esperan terminar en olvido. A los viajeros improvisados que buscan animales de plumaje inhóspito. A reptiles con croar de fantasmas. Una tortuga borraba el camino de vuelta. Sabía que cada paso suyo era una tarde, era una constelación en la tierra, la tortuga yendo y viniendo por entre los días. Masticando como se mastica un beso o un susurro

¿Recuerdas la canción en la bahía? ¿Recuerdas el verso con que apuñalé el espejo de un hotel vacío? Nadie podía mirar nuestros rostros. Nadie podía preguntar por nuestros nombres. Todos los viajeros murieron cuando juntamos nuestros cuerpos. En la pequeña embarcación que nos llevaba de una isla a otra, como una habitación que naciera en noviembre. Como una mano que se queda quieta para no despertar a la criatura que duerme plácida mientras sueña con los puertos que ha de visitar.

El reloj de arena no se ha agotado. Va en mi mano todavía. Cada noche lo vuelvo a llenar con arena de la playa, con arena que recogí de tu huella para no perder tu camino. Para poder esperar mientras me curo del olvido.

Un piquero en la mitad del cielo. Una fragata en la mitad de tu voz. Un pelícano que explica las ecuaciones interminables con su vuelo. Una iguana que mira desde su mansedumbre cómo se alejan los animales pequeños. Un cangrejo enganchado en las rocas, esperando la ola que vendrá por él y lo llevará a su país de crustáceos angelicales.

Tus ojos que eran dos pequeños cucubes que aún buscan refugio en los míos. Tus manos que buscaban un cuerpo para poder descansar del viaje transcontinental, del viaje final. Tus pies que no hallaban su hora de siesta más que en mis zapatos fatigados.

Conocimos la casa más antigua en lo que llaman La parte alta. Es una Atalaya en Santa Cruz, siempre húmeda y resbalosa, bueno, no podríamos pensar que era como una mujer. Pero algo parecido. Dispuesta siempre: uno entra y sale con peligro y gratitud.

El mejor mar que uno ha podido ver. El pez más hermoso. El vuelo de garzas puntual cada tarde, intentando ir a picotear la primera estrella. Ella extrañaba los gatos. En Galápagos no es bueno tener gatos ni dinosaurios, ni recuerdos malos. No se debe llorar en el mar. No se debe bañar cuando el mar está como poseído por la rabia o por el silencio injusto.

Viajeros de volcanes y ferias. Viajeros que iban de un circo a otro, de un nombre a otro. Viajeros que nos encontramos en un corazón de piedra y cal. Nos subimos a la ola más grande para desde ahí buscar otras islas, como su isla.

Gran cantidad de pasos, de lunas. Gran cantidad de canciones que saltaban en su guitarra. Gran cantidad de gente que nos observaba uno arrimado al otro. En la estación del tren. En la estación de autobuses convertidas en estatua, en los aeropuertos que no tenían nombres.

Levantar el vuelo. O no abrir los ojos jamás. Solo dejarnos llevar. Con mi creencia sobre el destino yo le había convencido de que vendrán por nosotros los tiempos infaustos. El tiempo nace de ti y de tu palabra había dicho, con su estilo muy moderno, a mí, alma muy premoderna, barroca.

Nos arrimábamos a una canción vieja mientras terminábamos el vino bajo el árbol de Isabela, mientras íbamos por su calle de arena, sobre su piel de lobo inmortal, cuántos caminos hay en Isabela, cuántas estrellas han caído ahí para formar la isla, cuántos pingüinos han donado su ternura y su noche más bella,

Bajo las aletas de la tortuga marina repetíamos *One more cup of coffee for the road*, bajo la ausencia de las estrellas, sobre los ojos de los piqueros azules, mirando el vuelo repentino de los coloridos pinzones, llevábamos en nuestros labios *How many roads must a man walk down / before you call him a man* hacia atrás los relojes y su espanto, el mundo no terminaba en nuestros párpados cerrados, el mundo no terminaba al soltarse nuestras manos, el mundo más allá del mar, en las canciones de Bob Dylan, en ese sitio donde transcurre la mitad del día, la mitad del mar, la mitad del capricho

Canción prolongada en los sueños, en cada paso que dimos por todas las islas, por todas las estrellas, cuántos planetas habíamos recorrido en nuestros paseos matutinos. Cuantos abrazos repartidos por ahí, en habitaciones donde llegaba una música quieta. En las habitaciones donde se concebía el amor y la muerte. Donde se hablaba de los viajeros sin calma, que esperan en los pasillos de un hotel, con licor y juegos de impaciencia.

Y fue ahí, ese pequeño mar que entró a nuestros ojos un día. Un día sin maletas, sin nombres, en el fin del camino. Los futuros días descansarían para siempre lejos de nuestros pasos. Lejos de noviembre, mis días lejos de sus ojos grises. O azules. Lejos de su mano. La noche se bifurca para siempre, y queda ahí, en la mitad de los dos, dormida junto al último llanto que calló todas las canciones y las cartas posibles.

"Ojalá te encuentres con alguien como tú..."